

Después de 35 años, es ahora, al desmoronarse la tienda de mi cuerpo, cuando voy experimentando que cada uno de estos años de aparentes esfuerzos inútiles, de trabajos por mi propia perfección y por el bien de cuantos me han rodeado, han sido años de vida gastada, aparentemente perdida. Pero gastada y perdida por Jesús. Y en consecuencia, Él me hace sentir el gozo anticipado de un final que se acerca y en el que por la paciencia mi alma goza ya de la esperanza de salvación.

Contemplo todo con una santa indiferencia. Ya he aprendido a abandonarme en Dios y aceptar. Tengo la certeza de que por el terreno caminado y por la huella trazada con nuestra penosa marcha, seguirán otros. Dios lo quiere y nada ni nadie podrá impedir la realización de sus designios. Dios no ha derrochado su amor, plasmado en la obra entera de la creación, para que el hombre la pise y sus pisadas se pierdan en el absurdo.

Dios no ha invitado al hombre a la santidad para que solamente unos pocos la alcancen. Dios no nos ha entregado a su Hijo unigénito para que solamente unos pocos le conozcan y le vivan. Dios no nos ha dejado a su Madre por madre nuestra para que su devoción sea para nosotros como una póliza de seguros que nos da la garantía de no condenarnos. La Virgen nos ha sido dada para aprender de Ella a cantar las maravillas del Señor.

No, el hombre creado a imagen y semejanza de Dios no puede vivir embrutecido. Y la gloria de Dios ha de manifestarse ya aquí por un triunfo de su gracia sobre nuestra naturaleza. Y ese día, el día del triunfo de nuestro estilo de vida, se acerca, como está próximo el amanecer cuando la noche ha llegado a su más intensa oscuridad.

Todo esto, lo palpo en mis ratos de soledad y largos silencios. Me encanta quedarme solo, sentirme envuelto en el amor de un Dios Padre, y entender que Él quiere hacerlo extensivo a todos. ¡No nos cansemos jamás! “Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas” (Lc 21,19).

Vuestros ojos —esos ojos que ahora pasan por la naturaleza solo mirando—, pasarán, si sois perseverantes, viendo y gozando. Se harán ojos de contemplativo. Y la contemplación de la belleza de Dios en sus obras os penetrará tan profundamente que la buscaréis en su obra por excelencia: el hombre. La caridad reinará en vuestros corazones para con todos. Y el mismo Cristo, que habita por la fe en esos corazones, se hará sensible a vuestro paso. Los hombres se harán contemplativos al contacto con nosotros si nosotros somos contemplativos constantes de Jesús.

El mundo de este siglo XX que finaliza no necesita hombres fecundados *in vitro*, sino hombres engendrados en Cristo. Los hombres del futuro no deberán cruzar por los espacios siderales en guerra de galaxias, sino alabando a Dios que se asienta del uno al otro confín del Universo.

No soñamos utopías, puesto que soñamos los deseos de Dios sobre el hombre. Están detenidos esos deseos por la libertad humana, que Dios ha querido hacer sagrada. Pero esa libertad se inclinará hacia la bondad, el bien y la verdad, cuando las voluntades sean fuertes y los actos sigan a las ideas.

¡No os desalentéis! ¡Acudid a la Virgen en vuestras pruebas! ¡Sed fuertes y perseverantes!

Jesús os mira con mucho amor. Un amor cargado de esperanza.

Abelardo de Armas (Impresiones 8-9 junio 1985)